



Las ideas económicas de izquierda en la crisis de 2001: formación de las primeras voces críticas en la economía política del Club de Cultura Socialista

IGNACIO ANDRÉS ROSSI

*Comisión de Investigaciones Científicas de la provincia de Buenos Aires (CIC),
Universidad Nacional de General Sarmiento (UNGS), Argentina*

ignacio.a.rossi@outlook.com

Resumen. El Club de Cultura Socialista (CCS) (1984-2008) y la revista *La Ciudad Futura* (LCF) fueron dos ámbitos de discusión significativos de la denominada izquierda democrática en la Argentina posdictatorial. En sendos espacios participaron renombrados intelectuales, que incluso coincidieron en ambas instancias, fomentando el debate sobre la coyuntura política, cultural y económica durante más de 20 años. Este artículo indaga en las discusiones de carácter económico desarrolladas en el Club y en LCF en el contexto de la descomposición socioeconómica del Gobierno de Fernando de la Rúa (1999-2001). El principal material archivístico utilizado fueron las reuniones grabadas del CCS y los artículos de LCF, deteniéndonos en el debate político-económico que se realizó paralelamente en ambas instancias. Según se pudo constatar, el debate económico cobró relevancia en los años de la crisis de 2001 y, dado que había escasos economistas en ambos espacios, se recurrió a buscar especialistas que contribuyeran a debatir en dicho campo. Así, la cuestión sobre la economía, considerando el contexto crítico que se vivía, motivó los primeros cuestionamientos al modelo de convertibilidad en el socialismo democrático, trayendo a debate ideas económicas desacreditadas durante la década de 1990, tales como la intervención del Estado, el control cambiario, la inserción industrial, entre otras.

Palabras clave: izquierda democrática, convertibilidad, crisis, financiamiento externo, modelo económico, economistas.

Left-wing Economic Ideas in the 2001 Crisis: Formation of the First Critical Voices in the Political Economy of the Socialist Culture Club

Abstract. The Socialist Culture Club (CCS) (1984-2008) and the magazine *La Ciudad Futura* (LCF) were two significant areas of discussion of the so-called democratic left in post-dictatorial Argentina. Renowned intellectuals participated in both spaces, who even coincided in both instances, promoting debate on the political, cultural and economic situation for more than 20 years. This article investigates the economic discussions developed in the Club and in LCF in the context of socioeconomic decomposition of the government of Fernando de la Rúa (1999-2001). The main archival material used were the recorded meetings of the CCS and the LCF articles, focusing on the political-economic debate that took place in parallel in both instances. As could be seen, the economic debate became relevant in the years of the 2001 crisis and given the scarcity of economists in both spaces, specialists were sought to contribute to the debate in this field. Thus, the issue surrounding the economy, considering the critical context that was being experienced, motivated the first questions about the convertibility model in democratic socialism, bringing to debate economic ideas discredited during the nineties such as State intervention, exchange control, industrial insertion, among others.

Keywords: democratic left, convertibility, crisis, external financing, economic model.

1. Introducción

Con la transición a la democracia en Argentina durante la década de 1980, una parte significativa de las izquierdas inició un proceso de revisión de sus postulados teóricos. La idea de participación política, el rol de los intelectuales y las relaciones de estos con el Estado, entre otros asuntos, fueron rediscutidos (Cavarozzi, 2009). Esto sucedió en el marco de una resignificación y reelaboración del lenguaje político que, a partir de la descomposición de la última dictadura (1976-1983), comenzaba a incorporar la democracia como una herramienta de transformación social (Velázquez Ramírez, 2019). Así, la izquierda intelectual de raíz marxista, nutrida por referentes importantes de las ciencias sociales y las artes como José Aricó, Jorge Tula, Carlos Altamirano, Ricardo Neudelman, Juan Carlos Portantiero, Emilio de Ípola, Beatriz Sarlo, José Nun, María Teresa Glamuglio, entre varios otros, comenzó a dar su apoyo a la democracia (Adelman & Fajardo, 2016). Muchos de estos volvían al país del exilio setentista para vincularse con el proceso democrático y, en algunos casos, con el nuevo presidente Raúl Alfonsín (1983-1989), y renovar su compromiso político. De esta manera, en 1984 nació el Club de Cultura Socialista (CCS) y, posteriormente, en 1986, la revista *La Ciudad Futura* (LCF)¹. Con el fracaso del Gobierno alfonsinista y la hiperinflación en 1989, se desvanecieron las expectativas socialdemócratas que Alfonsín supo despertar², aunque el CCS y la LCF siguieron desarrollándose durante las décadas de 1990 y 2000.

Los trabajos que analizaron las trayectorias intelectuales y la actividad política tanto en el CCS como en LCF pusieron el foco en el período político de la inmediata posdictadura. Entre los principales temas abordados, se detuvieron en los significantes del lenguaje político, examinando especialmente la revalorización y resignificación de algunos conceptos clave como democracia, socialismo, revolución, Estado y sociedad civil, en relación con la transición a la democracia (Martínez Mazzola, 2015; Montaña, 2018; Reano, 2019). Otros estudios se centraron en las redes e instituciones que coadyuvaron a construir un vínculo colaborativo y de asesoramiento con el

1 Cabe aclarar que la revista no era necesariamente una extensión del CCS, pero que varios de sus impulsores, como José Aricó y Jorge Tula, formaron parte constitutiva de ambos organismos. Asimismo, varios de los que participaban con frecuencia en el CCS contribuían con sus análisis en LCF, como los economistas Ricardo Mazzorín y Pablo Gerchunoff, o los cientistas sociales Carlos Altamirano, Isidoro Gilbert y Beatriz Sarlo.

2 Por ejemplo, pueden destacarse los planes de reforma institucional enmarcados en la «segunda república», como la constitucional impulsada por un equipo de intelectuales que pilotó el filósofo Carlos Nino, o la reforma de la administración pública que motorizaron Jorge Roulet y Óscar Oszlak, entre otros (Aboy Carlés, 2010).

poder político en los años de Alfonsín, por ejemplo, en el impulsado Grupo Esmeralda (De Diego, 2007; Elizalde, 2019). Otros abordaron las iniciativas de reforma política y administrativa con las que estos intelectuales se vincularon en la misma etapa política (Reano, 2019), como la conjugación de tradiciones teóricas que atravesaron dicho proceso de renovación marxista (Montaña, 2012). Una gran parte de estas investigaciones toma como referencia a la revista LCF, ya que, al margen de las producciones individuales de este grupo de intelectuales, esta constituyó un espacio de reunión para la llamada izquierda democrática, al igual que el CCS. Sin embargo, también se abordaron otras revistas político-intelectuales que contaron con la presencia de varios pensadores argentinos que, paralelamente, se integraron al CCS, como las revistas *Unidos*, *Cuadernos de la Comuna* y *Punto de Vista*, que contaron con la colaboración de Sarlo, Carlos Álvarez, Ernesto Semán y Ricardo Piglia, entre otros (Viana, 2011; Basombrío, 2015; Picarella, 2019; Mercader, 2021). Aunque con menos atención, el CCS también fue analizado en su producción discursiva, sus vinculaciones con el poder político alfonsinista y las tensiones entre las tradiciones teóricas y políticas que albergó (Ponza, 2015; Solís & Arriaga, 2015).

Menor atención mereció el estudio de las izquierdas nucleadas en el CCS en las décadas de 1990 y 2000. Además, los trabajos se caracterizaron por un abordaje de enfoque político y cultural de raíz histórica y sociológica que, aunque imprescindibles para comprender las discusiones históricas, no atendieron a los debates y las ideas económicas. En este trabajo proponemos detenernos en los años que transcurrieron en el Gobierno de la Alianza para el Trabajo, la Justicia y la Educación (Alianza) (1999-2001); años en los que se gestó y desarrolló una de las mayores crisis de la historia argentina. En diciembre de 1999, cuando el presidente Fernando de la Rúa y la Alianza asumieron el gobierno³, la economía se encontraba en recesión y alto desempleo calculado en un 14% de la población económicamente activa (PEA) (Rapoport, 2020). Como destacaron Pucciarelli y Castellani (2014), la crisis de acumulación se enfrentó con un intento de mayor explotación de la mano de obra y de concesiones a los organismos financieros internacionales, lo que producía tensiones dentro de la coalición. Así, el presidente optó por alinearse con el diagnóstico del Fondo Monetario Internacional (FMI), que sugería ganar confianza en los mercados internacionales a partir de la reducción del déficit fiscal, que por aquel entonces rondaba casi el 5% del PIB. Según esta mirada, la causa de los desbalances se encontraba en los

3 Conformada en una coalición de la Unión Cívica Radical (UCR) y el Frente País Solidario (Frepaso).

shocks externos provocados en la región por las crisis financieras asiática de 1997 y rusa de 1998⁴. Estos efectos se hicieron sentir cuando provocaron la devaluación de la moneda de Brasil, el principal socio comercial de Argentina, y restaron competitividad a una economía con tipo de cambio fijo (Epstein & Pion-Berlin, 2008)⁵. El primer ministro de Economía del Gobierno, José Luis Machinea (1999-2001), sancionó la Ley de Responsabilidad Fiscal, destinada a ajustar los gastos, desplegar una estrategia de política de ingresos compensatoria, mostrar compromiso de mantener la paridad cambiaria, incentivar inversiones y reactivar la economía.

Como señalaron Belini y Korol (2021), la búsqueda del equilibrio en las cuentas públicas en una economía en recesión agudizó la caída de la actividad económica y el empleo y, paradójicamente, aumentó el déficit fiscal. Frente a los pagos de la deuda externa durante el 2000, calculados en US\$ 20 000 millones, Machinea anunció un blindaje que buscaba instrumentar un conjunto de préstamos orquestados por el FMI, algunos bancos locales, las administradoras de fondos de jubilaciones y pensiones (AFJP) y el Gobierno de España, destinado a enfrentar los compromisos, engrosar las reservas y generar credibilidad en los mercados (Nemiña, 2014). Sin embargo, el énfasis en la condicionalidad del ajuste de estos últimos provocó la salida de Machinea y la llegada del más ortodoxo Ricardo López Murphy, un economista asociado al pensamiento neoclásico que gozaba de prestigio internacional (Heredia, 2014). Este se propuso avanzar en sectores que hasta entonces no habían sido incluidos tan abruptamente en los recortes, como el educativo y el empleo público. En el marco de las dificultades para emprender los ajustes, se comenzó a discutir la posibilidad de devaluar agudamente la moneda o de dolarizar la economía. Pero el Gobierno y gran parte de las fuerzas políticas se aferraron al régimen que dio estabilidad macroeconómica tras las hiperinflaciones de 1989 y 1990.

Así, luego del rechazo social que suscitaron los intentos de López Murphy por reducir el gasto, en marzo de 2001 el Gobierno realizó una última apuesta y convocó al exministro de Economía de Carlos Menem

4 Considerando que, desde la década de 1990, la internacionalización del comercio y las finanzas se intensificaba en un nuevo ciclo de globalización. Las exportaciones y los coeficientes de apertura aumentaron en aquellos años, mientras que en el área financiera fue aún más sustantivo, con un aumento de flujos hacia países en desarrollo de US\$ 200 000 millones (que triplicó los volúmenes registrados entre 1985-1989). Este proceso, que fue especialmente significativo en los países en desarrollo, se vio exacerbado por la caída del muro de Berlín y el paso de los países socialistas al capitalismo.

5 En concepto de que, con el primer gobierno de Carlos Menem (1989-1999), se estableció el régimen monetario de convertibilidad, que fijaba el tipo de cambio y eliminaba la monetización del déficit fiscal.

(1989-1999) y principal impulsor del régimen de convertibilidad, Domingo Cavallo (1991-1996). La receta cavallista no fue original respecto a lo que se venía intentando, ya que pretendió avanzar con más firmeza en los recortes anunciando una Ley de Déficit Cero que incluía ajustes en los salarios públicos, las jubilaciones y una reestructuración de US\$ 30 000 millones de deuda externa conocida como el «megacanje». Esta ley, si bien logró alargar los plazos de los vencimientos, incrementó significativamente el costo del capital y, no obstante, hacia mediados de 2001, no se pudo evitar la corrida contra el peso y la fuga de capitales que preanunciaban una de las peores crisis de la historia argentina (Basualdo, 2018). Así, las reservas del Banco Central de la República Argentina (BCRA) y los depósitos del sistema bancario cayeron estrepitosamente por debajo de los US\$ 10 000 millones, por lo que hubo que implementar un «corralito» para evitar el derrumbe del sistema financiero. El tipo de cambio fijo, tras la caída continua del PIB entre 1999-2001 (-3,39%, -0,79% y -4,41%), llegó a su fin con la crisis del orden neoliberal (Pucciarelli & Castellani, 2014; Visintini, 2022). Y lo hizo propiciando una de las mayores crisis socioeconómicas del país, dado que la pobreza alcanzó el 60% y el desempleo el 20%, y el inevitable *default* de la deuda externa restó financiamiento internacional (Zícarí, 2020).

El objetivo es analizar la discusión económica que se desarrolló en las reuniones del CCS y en los números de LFC como ámbitos de discusión pública de la izquierda democrática, en los que coincidieron varios referentes intelectuales⁶. Las reuniones del Club se sucedieron a razón de una vez al mes y consistían en invitar a referentes de la cultura y la política para analizar los problemas sociales, políticos y culturales de la sociedad argentina desde una perspectiva amplia y fomentar la discusión en mesas redondas. Con una duración promedio de entre una hora y media y dos horas, en los años analizados fueron coordinadas por Ricardo Mazzorín y abordaron una multiplicidad de temáticas inscriptas en las ciencias sociales, que iban desde la historia, la economía y el sindicalismo hasta la literatura y las artes. Para este trabajo, se cubrieron aquellas que involucraron aspectos de la discusión económica y de política económica nacional entre 1999 y 2001; considerando a los oradores invitados, pero también a los intervenores anónimos. Cabe aclarar que LCF fue una revista fundada dos años después del CCS, de la mano de Portantiero, Aricó y Tula. De periodicidad bimestral y trimestral, se caracterizó por las secciones que analizaban la coyuntura política argentina en temáticas variadas, como el sindicalismo,

6 Estos materiales fueron puestos a disposición digital por el Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierda (CeDInCI).

la educación, la economía y el contexto internacional, y las dedicadas a las ciencias sociales, que contaban con reseñas de libros y la reproducción de artículos y conferencias de referentes del socialismo internacional⁷. Para este trabajo, se analizaron los números 49, 50, 51, 52 y 53, editados entre 1998 y 2001, con el mismo criterio que los audios del CCS⁸. Según sostenemos, ambos espacios fueron fecundos a la hora de motorizar el debate económico en los años de la crisis de 2001. Sin embargo, debido a la falta de economistas tanto en el CCS como en LCF, se recurrió a integrar otras personalidades «externas». Fue la crisis de 2001 la que, pese a las diferentes posturas, motivó la introducción de una crítica con progresiva claridad e integralidad al régimen de convertibilidad y, más generalmente, a las ideas neoliberales que gozaban de prestigio durante la década de 1990, resucitando ideas de política económica como la intervención del Estado, el control de cambios y la integración económica de base industrial, entre otras.

2. El Club de Cultura Socialista: perplejidad ante la crisis de diciembre de 2001

En marzo de 2001, en el CCS se discutía el excesivo enfoque ortodoxo que reinaba y se aludía a «por qué la Argentina debía concentrarse en lograr el superávit fiscal cuando en América Latina había varios países que se encontraban con déficits presupuestarios y no estaban en crisis» (Club de Cultura Socialista, 2001a, 23 de marzo) o a que «no alcanzaba con ajustar las cuentas públicas, dado que de todas maneras Argentina no ofrecía oportunidades de inversión» (Club de Cultura Socialista, 2001a, 23 de marzo). Era el siempre presente Mazzorín quien se preguntaba, en medio de aquel debate, qué instrumentos debía recuperar Argentina para poder instrumentar las políticas anticíclicas que había perdido, pero a su vez advertía que «esto se resuelve con un programa de reformas [...] y el progresismo no tiene ningún programa de reformas» (Club de Cultura Socialista, 2001a, 23 de marzo). Mientras a comienzos de 2001 el economista preveía un escenario de *default*

7 Tuvo una fuerte impronta en el socialismo democrático al que confluían los intelectuales mencionados y otros como Guillermina Tiramonti, Cecilia Braslavsky, Daniel Filmus y Adriana Puiggrós en el área de educación, Sebastián Etchemendy, Tulio Halperin Donghi, Marcos Novaro y Vicente Palermo, Juan Carlos Portantiero y Roberto Gargarella, entre otros, en las ciencias sociales. Es razonable pensar, aunque no contamos con evidencia concreta más allá de las participaciones específicas a las que fueron invitados, que varios de estos intelectuales se involucraban en las reuniones del CCS.

8 Una aclaración técnica es que las ediciones de LCF en estos años no detallaban los meses de año, sino que se referían a las estaciones del año (en orden secuencial, otoño, invierno, primavera y verano). Por tanto, hemos tratado de encaminar los debates tratando de situar al lector en los meses correspondientes.

anticipado por la renuncia de Machinea, recibía cuestionamientos de otros miembros del Club: «yo, con todo respeto a mi amigo Mazzorín, cada vez que escucho a los economistas veo un gran ausente [...] que es la política» (Club de Cultura Socialista, 2001a, 23 de marzo). El participante anónimo cuestionaba el tecnicismo de los economistas e incluso el ambiente flexible de camaradería permitía hacer chistes sobre la separación entre economía y política, que respondía a una creciente separación de la economía como saber legitimado de la política (Heredia, 2014).

El mismo participante criticó también al Frepaso por desilusionar al país con un progresismo ineficiente que propuso «se conforme un frente cívico que enfrente a los mercados» (Club de Cultura Socialista, 2001a, 23 de marzo). El problema, para este y gran parte del público que asentía, se encontraba en la falta de competencia de los partidos políticos. Otro participante entusiasta en la charla debate aseguraba que existía una capacidad autodestructiva del país enmarcada en un fenómeno del siglo XX en el que «hay problemas económicos severos, serios, que tienen que ver con la formación del capitalismo a nivel mundial» (Club de Cultura Socialista, 2001a, 23 de marzo), pero reconociendo que existía un problema de la política frente al poder de la economía y del capital financiero. A su vez, también cuestionaba el fracaso de la Alianza por creer en un «capitalismo en serio». En el mismo sentido, de cara a las elecciones legislativas de 2001, otros cuestionaban que se estaban borrando las diferencias entre el oficialismo y la oposición y que «no está claro qué se va a elegir» (Club de Cultura Socialista, 2001a, 23 de marzo). Otro sujeto sugería que esto era causa de la grave situación socioeconómica del país y preveía que el Gobierno de De la Rúa se quedaría sin sustento parlamentario «con el agravante de una deslegitimación» (Club de Cultura Socialista, 2001a, 23 de marzo).

Mientras que en el año 2001 las perspectivas políticas que vaticinaba el Club no eran favorables, especialmente para la Alianza y el frente progresista, comenzó a preocupar la pérdida de capacidades para hacer política económica. Sin embargo, otros eran más optimistas y pensaban que las fuerzas políticas estarían interesadas en mantener cierta legitimidad: «Todos van a jugar el juego de sostener la gobernabilidad al gobierno» (Club de Cultura Socialista, 2001a, 23 de marzo), se decía. Al respecto, también Mazzorín afirmó que:

no tenemos una crisis como la del treinta [...] es una crisis idiosincrática y [...] carecemos de instrumentos para resolver la crisis [...] es más, se ha retirado del debate sobre si devaluar o no devaluar [...] y el gobierno se inclina por la dolarización. (Club de Cultura Socialista, 2001b, 29 de diciembre)

En diciembre de 2001, ya acontecida la rebelión popular y tras la renuncia del presidente De la Rúa, era el sociólogo Isidoro Gilbert quien debatía sobre «la enorme crisis política en la que se encontraba Argentina [afirmando que] es muy difícil imaginar un futuro político sin el peronismo»⁹. Este, con sus dichos, planteaba evitar caer en un republicanismo desafecto a la movilización y dirigía una crítica directa tanto a Mazzorín como al historiador Natalio Botana, ambos presentes en el recinto. Más claramente, afirmaba que «recién cuando hubo irrupción ciudadana [...] se vio que la democracia no se juega en el sentido estricto de tal o cual función [y] cuando un ejecutivo es irresponsable su legitimidad se agota [y esto] era una actitud necesaria» (Club de Cultura Socialista, 2001b, 29 de diciembre). En un sentido similar, un participante del debate interrogaba al público diciendo que «hay algo que se rompió [...] y es el miedo [...] a la hiperinflación por ejemplo [...] ¿Cómo se puede pensar eso?» (Club de Cultura Socialista, 2001b, 29 de diciembre), mientras que Alicia Femeca respondía que la fisura vista en la sociedad era con la representatividad política. La socióloga Claudia Hilb, por su parte, convalidaba esta idea y agregaba que era preciso pensar que el peronismo no necesariamente ganaría elecciones y solucionaría la crisis que vivía el país. El ambiente se ponía tenso entre Mazzorín y otros que le discutían al economista el restar importancia a la representación política. El exfuncionario de Alfonsín entendía que no necesariamente se requería del apoyo electoral.

Parecía existir cierta perplejidad en el CCS, lo cual era lógico dada la crisis que se vivía. Las voces que debatían ponían el foco en la cuestión política, pero especialmente en recuperar los resortes políticos por encima de la economía (o, en todo caso, de las fuerzas del mercado). Así, las tensiones se dirimían entre quienes se inclinaban por esta visión y Mazzorín, el único que, hasta el momento, debatía desde la economía. Sin embargo, conforme avanzó la crisis económica, se produjo una apertura en el Club, que invitaría en calidad de externos a economistas profesionales relevantes, como el célebre desarrollista Aldo Ferrer o Roberto Frenkel, también economista estructuralista de reconocimiento nacional e internacional, con participación local en el Centro de Estudios del Estado y la Sociedad (Cedes), la Universidad de Buenos Aires (UBA) y, entonces, director del Banco de la Provincia de Buenos Aires. En la misma línea participó el economista Eduardo Hecker, quien ocupó varios cargos públicos, como el de secretario de Desarrollo Económico de la Provincia de Buenos Aires. También cabe mencionar al

9 En referencia al Partido Justicialista, opositor a la UCR.

politólogo Sebastián Etchemendy y al economista Roberto Bouzas, quienes en aquel entonces se encontraban en el cenit de su carrera académica, en temas referidos al sector laboral y los procesos de liberalización en el primer caso y a las relaciones internacionales con perspectiva económica en el segundo. Junto con el siempre partícipe y organizador de los debates Mazzorín, siguieron participando en los debates personas que no fueron siempre distinguidas, por no ser presentadas o porque se obviaban sus nombres en el espacio del Club, pero que tuvieron una efectiva importancia al nutrir las discusiones.

Cabe recordar que los editores de LCF apoyaron la conformación y, eventualmente, el Gobierno de la Alianza, ya que entendían que era una coalición capaz de emprender transformaciones progresistas en Argentina (Equipo editorial, 1998, primavera). Sin embargo, luego de su última edición hacia finales de 1998 por razones «de diversa naturaleza» (Equipo editorial, 2001, primavera-verano) y su posterior regreso en diciembre de 2001, se aseguró que «la enorme crisis que vive la sociedad argentina operó como un nuevo estímulo para persistir en aquella hermosa aparición original» (Equipo editorial, 2001, primavera-verano). Paralelamente a las reuniones del Club en el contexto del estallido de la crisis, se formuló una crítica a la centroizquierda «que no ha sabido dar cuenta de sus proyectos y sus promesas» (Equipo editorial, 2001, primavera-verano), asumiendo cierta responsabilidad por la enorme crisis económico-social en que se sumía Argentina. De esta manera, se declaraba que, ante las incertidumbres y problemas socioeconómicos que producía la crisis, con las consecuentes dificultades para aprehender sus causas estructurales, «surgió la idea de reunir un círculo más amplio de perspectivas, invitando a algunos renombrados intelectuales que no integran nuestro *staff*, pero con quienes nos vinculan amplias coincidencias ideológicas, culturales y políticas» (Equipo editorial, 2002, otoño). La referencia aludía a referentes de las ciencias sociales que se hacían presentes en los nuevos artículos posteriores a 2001, como Gerardo Aboy Carlés, Vicente Palermo, Alejandro Bonvecchi, Javier Franzé, Sebastián Etchemendy y Mazzorín. Varios de estos, y otros, también se preocuparían por las cuestiones económicas del momento, mientras paralelamente se fortalecía el debate económico en el CCS desde el año 2000.

3. Discusión económica en el socialismo democrático: un modelo económico en crisis y una tibia recuperación de antiguas consignas económicas (2000)

Avanzado el Mercado Común del Sur (Mercosur), en el año 2000 se discutió en el CCS la posibilidad de la construcción de un mercado común latinoamericano, dado que se consideraba que las relaciones estaban en peligro frente

a la hegemonía del pensamiento neoclásico. En esta oportunidad se invitó al economista Bouzas, quien defendió enfáticamente la integración comercial y regional entre Argentina y Brasil, la que, consideraba, había alcanzado un alto nivel de complementariedad en los últimos 15 años (Bouzas, 2000). El clima en el recinto de debates buscaba poner en tela de juicio la apertura indiscriminada con la reducción de los aranceles propiciada desde los años de Menem y, por caso, qué actitud tomaría frente a esto el Gobierno de la Alianza. Por ejemplo, Bouzas consideró que, si bien avanzó en la complementariedad entre Argentina y Brasil (comercio, inversión, etc.), lo hizo relegando la iniciativa en el sector privado. También advirtió que, a partir de 1998, el Mercosur había retrocedido, se había descomprimido y entrado en crisis con una caída del comercio. La crítica se centraba en el proceso general de liberalización unilateral de la política económica, que reflejaba la crisis de la integración y la «no negociación del ejercicio de la liberalización» (Bouzas, 2000). El énfasis aperturista, afirmaban desde el público, traía consecuencias al revertirse las favorables condiciones de financiamiento con capitales externos iniciadas en 1991 y que, en aquel entonces, sirvieron para cubrir los déficits bilaterales con Brasil mediante superávits de la cuenta de capital. Lo que evidentemente preocupaba en el seno del Club era la fragilidad de los pilares de la orientación neoliberal de las políticas económicas, que ya daban varios indicios de vulnerabilidad para Argentina a pesar de la relativa hegemonía de la que gozaron desde la convertibilidad (Bouzas, 2000).

Hacia comienzos del año 2000, los debates comenzaron a estar atravesados por la coyuntura inmediata, especialmente por la crisis económica, que comenzó a acaparar la mayor parte de las discusiones. Así, en un panel sobre coyuntura económica de participación general se afirmó que «este gobierno se ha derechizado, aunque muy de la izquierda no venía» (Club de Cultura Socialista, 2001c, 9 de marzo). Se mencionaba especialmente el caso de Machinea, invitado en otras ocasiones al CCS durante la década previa, al decir que «puede tener problemas de conciencia [porque] han hecho políticas de derecha» (Club de Cultura Socialista, 2001c, 9 de marzo). Las críticas de fondo se centraban en la convertibilidad, de la que se decía que «ningún país del mundo renuncia a la posibilidad de manejar su política cambiaria y el que renuncia termina en esto, no hay otra salida» (Club de Cultura Socialista, 2001c, 9 de marzo), en referencia a la crisis económica que se agravó con la renuncia del vicepresidente de la Alianza, Carlos Álvarez, el 6 de octubre de 2000. En suma, se sostuvo que:

nos aferramos a creer que no hay otra salida, que no hay pensamiento alternativo y nos aferramos a creer que lo único que podemos hacer los izquierdistas o progresistas [...] es más o

menos administrar esto [...] que no ha podido lograrse [...] ha sido desastroso lo de Machinea [...] no logró ninguna de las metas que se propuso [...] fue un fracaso realmente. (Club de Cultura Socialista, 2001c, 9 de marzo)

El pesimismo que cundía en el Club ante la crisis económica se complementaba con lo que sugería Eduardo Hecker en las páginas de LCF. Su punto era que se habían producido escasos debates en materia económica sobre las salidas progresistas a la crisis y a los problemas estructurales que dejaba el menemismo. Sobre todo, cuestionaba fuertemente el «progresismo de fines» que buscaba implementar la aceptación de medidas económicas impopulares asumiéndose «más realista y pragmático» (Hecker, 2001, primavera-verano, p. 22). Esto es lo que había producido, afirmaba Hecker, «que la política quedó sumida en un espeso manto de palabras que pretendió justificar lo injustificable [y] el progresismo en materia económica se quedó sin política» (Hecker, 2001, primavera-verano, p. 21). El economista cuestionó especialmente que la convertibilidad no supuso un modelo de crecimiento económico, sino una «burbuja que se sostuvo gracias al endeudamiento externo» (Hecker, 2001, primavera-verano, p. 21). Al exponer los índices de indigencia en la provincia de Buenos Aires, el aumento de la tasa de desocupación y una desintegración productiva vista en la caída de la actividad industrial en el PIB, Hecker reafirmaba un contexto crítico (Hecker, 2002, invierno, p. 6).

En la misma línea de decepción, un orador anónimo en el Club sostuvo que «este gobierno logró poner un gabinete mayoritariamente de derecha» (Club de Cultura Socialista, 2001c, 9 de marzo) y que el problema era que «el progresismo debe olvidarse de ser partido de poder [porque] no nos ha ido muy bien [...] nos aferramos a la convertibilidad y no nos fue bien, lo maneje Machinea o lo maneje López Murphy» (Club de Cultura Socialista, 2001c, 9 de marzo). Así, afirmaba que el precio de seguir sosteniendo el régimen de convertibilidad era el ajuste económico y, por eso, ponía sobre la mesa la necesidad de modificar dicho régimen, aunque planteaba como problema no menor la devaluación del tipo de cambio. Otro participante en el recinto recordaba que devaluar traería como consecuencia un encarecimiento de los productos a los que accedía la clase media en un cuadro de recesión. Otros aclaraban también que la devaluación que implicaría salir de la convertibilidad funcionaría como un ajuste fenomenal, aunque algunos no lo entendían trágicamente: «No creo que la devaluación sea muy grande [...] todo lo que es encaje pasa a ser reservas» (Club de Cultura Socialista, 2001c, 9 de marzo), dijo otro participante, entendiéndolo que se podía sostener el tipo de cambio con dichos recursos.

Fue Mazzorín quien intervino en la discusión destacando que el país dependía del financiamiento eterno. Especialmente en un contexto en el que los mercados sospechaban que, como en los casos de México y Brasil, Argentina abandonaría el régimen de tipo de cambio fijo. Por eso el economista ponderaba que las empresas tenían una deuda de US\$ 30 000 millones, las familias, en créditos hipotecarios, unos US\$ 14 000 millones, y el sector público consolidado, US\$ 240 000 millones, sin contar el déficit fiscal: «los que están afuera mirando [afirmaba] dicen esto no va más, y esperan a ver qué pasa» (Club de Cultura Socialista, 2001c, 9 de marzo), sentenciaba.

Posteriormente, evocó al exministro de Economía Cavallo, quien consideraba que, como en la crisis de la hiperinflación de 1989 se ingresó a la convertibilidad, «él cree posible que en el marco de una nueva crisis que es posible intentar cambiar el régimen de política económica [...] porque nadie está seguro si salimos con la devaluación o ingresamos en una dolarización» (Club de Cultura Socialista, 2001c, 9 de marzo). En el cuadro de las controversias en torno a la salida de la crisis y a la convertibilidad, una oradora le cuestionó a Mazzorín la necesidad que este planteaba de reducir el déficit fiscal a largo plazo para incentivar el financiamiento externo, contraargumentando que «todos estamos de acuerdo en que hay que reducir el déficit fiscal [pero] el problema es que hay economistas que dicen que ni suprimiendo las joyas de la abuela se puede reducir ese déficit» (Club de Cultura Socialista, 2001c, 9 de marzo). Las tensiones sobre cómo se resolvería la crisis, con qué recursos o instrumentos, escalaban a tal punto de tensión que Mazzorín afirmaba, en última instancia, que «vendrá la crisis y la crisis te va a resolver el problema» (Club de Cultura Socialista, 2001c, 9 de marzo).

También fue Etchemendy quien, durante la segunda mitad de 2001, desde las columnas de LCF, advirtió que Argentina atravesaba cuatro años seguidos de recesión y achicamiento de su PIB sin poder hacer frente a sus compromisos externos. La protesta social se generalizaba por todas partes, decía el autor, y culpaba a «la derecha vernácula [y su argumento de que] hace falta más ajuste, el de los 90 ha sido insuficiente» (Etchemendy, 2001, primavera-verano). La crítica apuntaba a los economistas ortodoxos de la Fundación de Investigaciones Económicas Latinoamericanas (FIEL) y del Centro de Estudios Macroeconómicos de Argentina (CEMA) como alabadores de los capitales internacionales en contra de una visión progresista que entiende que «la actual situación no es sino una muestra más del avance del mercado, o sea del sector del capital financiero más concentrado, nacional e internacional» (Etchemendy, 2001, primavera-verano, p. 18), que, según su visión, fue el que arrasó con la política de la Alianza.

Algunos meses después, hacia agosto de 2001, fue invitado Aldo Ferrer a conversar sobre los temas que preocupaban al Club, como se afirmó en aquella ocasión. Este comenzaba inmediatamente sentenciando: «Tengo la sensación de que hay un estilo de inserción en el mundo en la Argentina que ha dejado de ser viable» (Ferrer, 2001) y llamaba a replantearse qué ha hecho el país con la globalización de la última década. Se centraba especialmente en el contexto externo, donde, señalaba, «es cierto que hay un capital financiero de escala planetaria fuertemente especulativo [...] pero también es cierto que hay otras formas de vincularse a ese poder» (Ferrer, 2001). Aquí Ferrer rescataba la experiencia de países asiáticos, entendiendo que estas enseñaban estrategias válidas de participación en los segmentos de punta de la revolución tecnológica en el comercio internacional captando inversión privada de forma favorable. A pesar de haber sufrido crisis financieras, afirmaba, pudieron solucionarlas porque edificaron un sólido aparato productivo. Este era el problema que Ferrer llevaba al Club: ¿por qué había países que habían construido respuestas de inserción al mundo viables y otros, como Argentina, que no? Ferrer apuntaba al denominado Consenso de Washington como una visión fundamentalista que, ideológicamente cargada, significó una estrategia pasiva de adaptación a la globalización. Esta visión fundamentalista, que termina en una desnacionalización del aparato económico «probablemente sin precedentes» (Ferrer, 2001), estaba profundamente alineada con el poder hegemónico norteamericano y suponía vulnerabilidad frente al sector externo.

Ferrer también cuestionaba la sobrevaloración del tipo de cambio, «que destruye la competitividad internacional de las empresas y limita su desarrollo, recayendo en un país básicamente exportador de productos de bajo valor agregado» (Ferrer, 2001). Así, en la visión del economista Ferrer, el proceso de avance neoliberal con endeudamiento externo, desregulación financiera y apertura comercial iniciado en Argentina desde la década de 1970, produjo la visión fundamentalista «que es la que digo yo que no va más [...] que de alguna manera han desencajado al país de la situación internacional poniéndolo en una inviabilidad» (Ferrer, 2001). Luego, más particularmente, Ferrer apuntó al ministro de Economía Machinea, a quien cuestionó por no haber considerado que el contexto de la década de 1990 era muy diferente para seguir practicando políticas económicas como bajas tasas de interés e incentivos para la disponibilidad de capitales, entre otras medidas. Por el contrario, como se entendía, la falta de activos públicos al ser privatizados y la estabilidad posterior a la hiperinflación, con su consecuente reactivación de la demanda y la producción, se agotaban hacia finales de la década de 1990.

Por eso se afirmaba que «no hay nada para vender, la hiper no está, la estabilidad la tenés incorporada en la sociedad, el dinero está caro y el país, desde luego, con un grado alto de conflictividad social»¹⁰. Los debates que generó la exposición de Ferrer resultaron menos candentes que en otras ocasiones, probablemente por haber suscitado mayores acuerdos. Sin embargo, algunos cuestionaron el papel clientelar de las provincias que no contribuían a desempeñar un equilibrio económico en la Argentina nacional, y otros ratificaron la crítica a la dictadura militar como el inicio de los problemas económicos que se vivían. Un orador sugirió que Argentina se encontraba en una revalorización de las políticas populistas asociadas al período de industrialización por sustitución de importaciones de la posguerra, aunque Ferrer contraargumentó que se trató de un período histórico que, a pesar de que se pudieran rescatar lecciones de él, tuvo una mala respuesta a la inserción del contexto internacional y el equilibrio macroeconómico.

4. Colapso económico y después: debates tardíos sobre cómo reordenar la economía

Hacia diciembre de 2001, Roberto Frenkel fue invitado a hablar sobre la crisis financiera, y comenzó afirmando: «Lo último que les dije que iba a pasar, sucedió [en referencia a su última visita en el año 1997], no voy a pasar esa factura, [pero] chequeen que los otros economistas que vinieron hayan hecho lo mismo» (Frenkel, 2001), y respondió, a los interrogantes del público, que la dolarización, como alternativa, era un remedio que no curaba. Frenkel se refería a que la dolarización no solucionaba la pérdida de reservas y depósitos del sistema financiero, porque, realizada con la intención de detener estos dos procesos, era inviable. El economista hacía referencia como principales problemas de la coyuntura económica a la contracción de la actividad y el empleo desde 1998 y, como consecuencia, la caída de la recaudación tributaria a pesar de la agregación de nuevos impuestos, como los impuestos a las transacciones financieras o a los cheques, por ejemplo (Mazzorín, 2002a, 20 de mayo). Así, el estructuralista ponía en el centro el congelamiento de los depósitos mientras se mantenían las transferencias de las empresas en medio de la crisis, lo que propiciaba un efecto recesivo. Sin embargo, rescató el control cambiario, ya que consideraba que, en medio de la gran crisis que se encontraba atravesando el país, era importante que todo tipo de transferencia pública o privada de divisas fuera autorizada por

10 Una de las particularidades que Ferrer planteaba era que el déficit externo del país estaba sobrerrepresentado por el déficit mismo en divisas de las filiales extranjeras, de modo que se veía discutida así la estrategia de incorporación de capitales externos aplicada en la última década.

el BCRA (vencimientos, pago de compromisos, exportaciones, etc.). Frenkel decía al respecto que:

quienes conocemos un poco el control de cambios sabemos que ese sistema adolecía de un grave defecto porque dejaba sin ingresos al sistema [...] si alguien entraba dólares [que estaban en disponibilidad de un límite de 250 por semana] no va a entrar nada. (Frenkel, 2001)

El punto de Frenkel era que para las exportaciones no se exigía su liquidación obligatoria en el sistema oficial de cambios. Por ello, cuestionaba que «sobre la marcha improvisaron las medidas que hace rato veníamos advirtiendo [...] recién ayer lo anunció Cavallo [en referencia a la emergencia de congelar los depósitos]» (Frenkel, 2001).

Así, Frenkel entendía que la política económica se regía con un régimen de control cambiario y que había terminado la convertibilidad. Consideraba que este sistema «de pisar el conjunto de depósitos y las reservas es bastante duro [...] y van a seguir cayendo porque hay filtraciones para sacar dólares» (Frenkel, 2001). Sin embargo, el economista aceptaba la necesidad de una devaluación y sugería que incluso la gente del CEMA (Centro de Estudios Macroeconómicos de Argentina, asociada al pensamiento neoclásico local)¹¹ reconocía que hay que dejar flotar el tipo de cambio. Mientras tanto, consideraba que «los otros procesos se profundizan [...] hay caída del desempleo, recesión [que rondaba en torno al 5%] y va a haber más violencia» (Frenkel, 2001). También criticaba al FMI por proceder buscando renegociar los programas secuencialmente, refiriéndose especialmente al lanzamiento de comunicados por parte del organismo y la incertidumbre que estos generaban al despertar expectativas negativas sobre el país. El economista se refería, a su vez, a la difícil situación en la que cayó el país a causa de la iniciativa desesperada del equipo económico de Cavallo de exigir a las empresas un adelanto de impuestos calculado en más de US\$ 10 millones. Frenkel explicaba que se trataba de denominar en dólares todo lo que se encontraba en los bancos y canjear el dinero circulante (calculado en 8,5 millones de pesos argentinos) por dólares en manos del público, lo que, de todas maneras, se preveía que iba a generar serios problemas de credibilidad en el público, ya que solo se trataba de una denominación.

El economista calculaba, en definitiva, que la operación (en referencia a la dolarización *de facto*) «se podría hacer [...] es técnicamente posible [...] con un apoyo de 10 000 millones de dólares [para amortiguar la pérdida

11 En referencia a los economistas liberales Roque Fernández y Pedro Pou.

de reservas del BCRA, pero] no cambia nada» (Frenkel, 2001) y por eso afirmaba que:

la economía real, la capacidad de pago al exterior, la recaudación del Gobierno, sigue igual, no cambia nada [...] esto se haría con la esperanza de al ver que esta economía está totalmente dolarizada la gente deje de querer sacar la plata de los bancos [...] yo creo que no se va a hacer el experimento. (Frenkel, 2001)

Frenkel mostraba su pesimismo y aseguraba que sería un invento local, al ser una economía dolarizada con control de cambios: «No soluciona nada», seguía diciendo. Además, mencionaba la posibilidad de instalar un tipo de cambio flotante como política monetaria, pero destacaba los peligros de liberalizarlo. En lo que el público estaba de acuerdo era que otras alternativas a dolarizar, como una flotación controlada con ofertas de remate diarias por parte del BCRA, eran escasas entre las propuestas de las fuerzas políticas, ya en aquel entonces estaban desacreditadas. Estas eran las consecuencias, según decían en el público, de una época de liberalismo en que se creyó plenamente en el poder de los mercados.

Frenkel, sin contradecir al público, apuntaba contra algunos economistas argentinos:

esta idea que sacaron ahora Roque Fernández, Carlos Rodríguez, porque ahora ellos dicen que hay que flotar. Porque no los pueden acusar de incentivar la corrida cambiaria si hace una semana estaban con la convertibilidad [...] es una idea abstracta. (Frenkel, 2001)

En este sentido, afirmaba que dejar flotar el tipo de cambio provocaría una nueva hiperinflación porque todo el mundo buscaría pasarse de pesos a dólares y, necesariamente, los precios acompañarían ese recorrido. Frenkel hacía un llamado a los economistas de alcance público a seguir la política económica considerando la experiencia previa y evitando discusiones «cósmicas» sobre las posibilidades reales de salir de la crisis financiera. Como medidas específicas, sugería devaluar aprovechando los depósitos retenidos en el corralito, acompañado de una quita del valor de esos depósitos y del crédito.

Este punto también fue puesto de relieve por Quiroga en LCF, quien, a mediados de 2002, destacó que la moneda había perdido su instrumental como dispositivo de cambio. En sus reflexiones, recuperaba al francés Michel Aglietta para argumentar el peligro sobre el que se estableció la convertibilidad. El sociólogo consideraba que, tras la crisis de 1989, el régimen de convertibilidad se había establecido con el dólar como moneda de ahorro y

transacción, reduciendo el peso a un papel secundario y deslegitimando el papel simbólico de la moneda local: «sin moneda nacional no hay autoridad pública posible ni cohesión social» (Quiroga, 2002, invierno, p. 11). Lo que se hacía evidente en este debate era que en un sector importante del CCS comenzaba a preocupar la cuestión monetaria, ya no como baluarte de estabilización, sino como herramienta del lazo social, abandonando definitivamente el culto a la estabilidad que había caracterizado al debate político económico en la década previa. Esto comenzaba a ser evidente en medio del derrumbe de la convertibilidad, que desnudó la falta de alternativas para una política económica nacional frente a la opción de la dolarización discutida en el CCS. Pues el derrumbe de las fuerzas políticas, el descreimiento de la Alianza y la definitiva crisis económica con alta conflictividad social parecían dejar perplejos a los integrantes del Club, que se nutrían sobre todo de economistas heterodoxos.

En abril de 2002, Mazzorín afirmó en el CCS que, desde la crisis mexicana del tequila se hicieron notar las debilidades estructurales de las reformas alineadas con el Consenso de Washington, especialmente la liberalización del sistema financiero doméstico y de la cuenta de capitales. El economista lamentaba que, considerando la caída del producto y la fuga de depósitos desde el llamado «tequilazo», no se discutieran las debilidades del modelo económico. La respuesta que aventuraba sostenía que se temió la salida de la convertibilidad debido a la fragilidad de un sistema financiero dolarizado y que se pudo sostener porque vino el financiamiento externo (Mazzorín, 2002a, p. 11). De modo que, en la reflexión de Mazzorín, fue posible sostener el tipo de cambio mientras existió «financiamiento voluntario [...] pero amarrarse al tipo de cambio fijo cuando ocurren fenómenos en el mundo es poco audaz porque los desequilibrios se van acumulando» (Mazzorín, 2002a, p. 11). A estos problemas, Mazzorín sumó la aparición de déficits comerciales recurrentes y criticó que no ocurrieran las cosas prometidas por el Consenso de Washington, como el aumento del ahorro nacional y de la inversión. También cuestionó, ahora con un discurso más radical, que un sector importante del *mainstream* considerara que el Consenso de Washington no estaba en crisis. Por el contrario, decía, «la crisis tiene su origen en la irresponsabilidad y el populismo de las elites políticas» (Mazzorín, 2002a, p. 12), y proponen, como una alternativa viable, una dolarización que delega el «monopolio de la emisión de moneda fiduciaria y la administración de la política monetaria a la Reserva Federal de los Estados Unidos» (Mazzorín, 2002c, invierno, p. 13).

El economista del Club también sostuvo que el grueso de las inversiones de los últimos años fueron dependientes del financiamiento externo,

mientras que el ahorro nacional cayó a niveles de una década atrás. Esto era así porque dichas inversiones se concentraban en bienes y servicios no transables, aprovechando la fijación del tipo de cambio y dejando al desnudo el desequilibrio externo. Además, mostraba que la deuda aumentaba como proporción del producto, calculados sus intereses en un 50% de las exportaciones, y agregaba que Argentina necesitaba al menos cinco años para pagarla (Mazzorín, 2002c, invierno, p. 12). El público, por su parte, mostraba cierta inquietud ante el hecho de «que el gobierno siga entendiendo que la crisis se solucionaba con inyecciones de dinero» (Mazzorín, 2002b, otoño, p. 10) y que «el problema no era solo una amenaza externa de los capitales y el Fondo, [sino también] de la burguesía argentina» (Mazzorín, 2002b, otoño, p. 11). Otros apuntaban a que «era necesario cambiar las relaciones entre el Estado y los empresarios locales» (Mazzorín, 2002b, otoño, p. 12) y que «la Argentina no podía seguir refinanciando 150 000 millones de dólares [que] constantemente se fugan con el beneplácito del Fondo» (Mazzorín, 2002b, otoño, p. 11). Otros, por su parte, completaban que se trataba «de una forma rentística del capitalismo [...] que, si bien solucionó la hiperinflación a partir de la convertibilidad, impidió una política nacional para insertarse con más solvencia en el mercado mundial» (Mazzorín, 2002b, otoño, p. 12). Lo que era evidente es que este tipo de discusiones, que habían tenido un tenor menor durante el mantenimiento de la convertibilidad, comenzaban a introducirse en el marco de una de las peores crisis del país. Así y todo, algunos puntos de los argumentos de Mazzorín, aunque se volvían algo más críticos, seguían generando rechazo en la afanosa búsqueda de una alternativa a la crisis.

Etchemendy, por su parte, entendía que la crisis económica se explicaba por la insostenible apreciación del tipo de cambio y el *boom* de consumo durante la década de 1990. Según sostenía, este modelo se volvió insostenible para la Alianza en un cuadro de recesión: volvió el «empate hegemónico»¹², afirmaba, sin un Estado capaz de controlar esa puja ni un sector del capital dominante capaz de liderar el proceso económico. Más claramente, Hecker afirmaba que buscar constantemente el saneamiento de las cuentas públicas detrás de la confianza de los inversores y la consecuente caída del riesgo país y de las tasas de interés para impulsar el crecimiento «tiene un débil correlato

12 El autor se refiere al conflicto paralizante a partir de las limitaciones políticas del empresariado local para emprender un proceso de industrialización modernizante de convivencia democrática con alianzas sostenibles a largo plazo. Por el contrario, primaban las formas más tradicionales de un capitalismo rentístico y agropecuario. Una síntesis de esta discusión, que fue abordada por científicos sociales de diferente raíz intelectual, como Ferrer, Dorfman, Sábato, Di Tella, Portantiero y O'Donnell, puede encontrarse en Novaro (2021).

con la realidad» (Hecker, 2002, invierno, p. 22). Así, parecía volverse a discutir sobre el desarrollo a largo plazo como uno de los problemas argentinos, especialmente de algo deslegitimizado y olvidado en toda la década de 1990 como el papel activo del Estado, sobre el que se destacaba la necesidad de:

que tenga una profunda vocación de articular sus estrategias con los diferentes sectores económicos y sociales, utilizando elementos que van desde la negociación como el apoyo económico a través de subsidios [...] incentivos y entornos favorables a la inversión. (Hecker, 2002, invierno, p. 22)

5. Reflexiones finales

Desde un comienzo, la preocupación por la formación de un mercado común latinoamericano que probablemente constituyera una alternativa a la liberalización deliberada fue introducida en las discusiones del CCS de la mano de Bouzas. Esta primera discusión, en el año 2000, puso a debate la orientación neoliberal de las políticas económicas de la última década. Como se sostiene, estas comenzaban a ser discutidas frontalmente, ahora con la posibilidad de una alternativa que, sin embargo, no estuvo claramente definida. La idea de fomentar una salida progresista de la crisis estuvo presente desde un comienzo y, en términos económicos, apuntaba a la vulnerabilidad externa y, sobre todo, a la dependencia del modelo económico del financiamiento extranjero como principal problema. La convertibilidad, y su correlato en la estabilidad de los precios tras las dolorosas hiperinflaciones, comenzaba a resquebrajarse frente a índices económicos y sociales que se deterioraban con agudeza e iban acompañados de conflictividad social. Sin embargo, esto no quiso decir que las voces y los debates en el Club fueran homogéneos.

Fue el caso de Mazzorín, quien antes de estos años había mostrado cierto entusiasmo con el modelo económico de la convertibilidad, pero en la década de 2000 comenzó a cuestionar el Consenso de Washington y sus directrices. Sin embargo, y ante las críticas que le generaba dentro del CCS, siguió bregando por las inyecciones de liquidez o la reversión de las condiciones internacionales como elementos centrales para encaminar la estabilidad de la economía. Quienes protestaron por la reivindicación de este último asunto entendían que los mercados se llevaban la política por delante, dejando al desnudo la vulnerabilidad social del modelo económico. Un modelo que, en definitiva, como decía Ferrer, no podía sostenerse por más tiempo, refiriéndose a la defectuosa inserción internacional en la que Argentina había caído.

Cuando el colapso se hizo evidente a finales de 2001, comenzaron a aparecer reivindicaciones y beneplácitos hacia medidas políticas que durante

algún tiempo habían estado relegadas. Este fue el caso del control cambiario y el papel activo del Estado en los asuntos económicos, especialmente monetarios. Sin embargo, las alternativas de la dolarización como posible salida, no ya planificada por Cavallo sino como un *shock de facto*, se presentaba también como una oportunidad. Oportunidad que generaba el descrédito de economistas que, como Frenkel, entendían que no solucionarían nada cuestionando las visiones neoclásicas que lo sugerían. En este sentido, apareció en las discusiones la preocupación por la moneda nacional, quizás como mecanismo teórico para contrapesar una posible dolarización que, se asumía, acabaría con cualquier tipo de autoridad política e instrumento para afianzar los lazos sociales con un sentido nacional.

En definitiva, el CCS asistió a un quiebre claro, visible como punto de partida en los cuestionamientos dirigidos a Machinea, el ministro de Economía considerado progresista en la primera fase del Gobierno de la Alianza. La coalición que había generado gran entusiasmo tanto en el Club como en las páginas de LCF se derrumbó, dejando al progresismo sin un programa económico, lo que llevó a que proliferaran varias voces pesimistas frente a la crisis. Sin embargo, también afloraron algunas ideas críticas con propuestas concretas que bregaban por un mayor papel del Estado o bien una política monetaria administrada, que, no obstante, se tornaba de difícil concreción. En definitiva, la evolución de los debates económicos que atravesaron al Club en los primeros años de la década de 2000 parece mostrar que no existió una visión económica homogénea, que de hecho la crisis no la motivó, nutriéndose en todo caso de economistas que, si bien pertenecían al universo heterodoxo, planteaban diferentes análisis, propuestas y salidas, aun considerando que la institución se mantenía crítica con el proceso general abierto desde la década de 1990.

Referencias

- Aboy Carlés, G. (2010). Raúl Alfonsín y la fundación de la «segunda república». En R. Gargarella, M. V. Murillo & M. Pecheny (Comps.), *Discutir Alfonsín* (pp. 67-85). Buenos Aires: Siglo XXI.
- Adelman, J., & Fajardo, M. (2016). Between capitalism and democracy. A study in the political economy of ideas in Latin America, 1968-1980. *Latin American Research Review*, 3(51), 1-22. <https://n9.cl/nqy9f>
- Basualdo, E. (2018). *Endeudar y fugar. Un análisis de la historia económica argentina, de Martínez de Hoz a Macri*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Basombrío, M. C. (2015). *La articulación de los espacios científico y político: Carlos Nino en la presidencia de Alfonsín*. Buenos Aires: Eduntref.
- Belini, C., & Korol, J. C. (2021). *Historia económica en los siglos XX y XXI*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Bouzas, R. (2000, 19 de abril). Mercosur. Club de Cultura Socialista, Buenos Aires, 19 de abril de 2000, Centro de Documentación de Investigación de la Cultura de Izquierdas (CeDInCi).
- Cavarozzi, M. (2009). Beyond transitions to democracy in Latin America. *Journal of Latin American Studies*, 24(3). <https://n9.cl/0j6tu>
- Club de Cultura Socialista. (2001a, 23 de marzo). Debate de coyuntura abierta. Buenos Aires, Centro de Documentación de Investigación de la Cultura de Izquierdas (CeDInCi).
- Club de Cultura Socialista. (2001b, 29 de diciembre). Debate de coyuntura abierta. Buenos Aires, Centro de Documentación de Investigación de la Cultura de Izquierdas (CeDInCi). <https://archivos.cedinci.org/index.php/reunion-de-socios-5>
- Club de Cultura Socialista. (2001c, 9 de marzo). Debate de coyuntura: política económica. Buenos Aires, Centro de Documentación de Investigación de la Cultura de Izquierdas (CeDInCi). <https://archivos.cedinci.org/index.php/debate-de-coyuntura-politica-economica>
- De Diego, J. L. (2007). *¿Quién de nosotros escribirá el Facundo? Intelectuales y escritores en la Argentina (1970-1986)*. La Plata: Al Margen.
- Elizalde, J. (2019). La reconfiguración del campo cultural en la transición democrática: el Club de Cultura Socialista y sus funciones. *Revista Temas de Historia Argentina y Americana*, (27), 63-93. <https://cutt.ly/RD3NS3R>
- Epstein, E., & Pion-Berlin, D. (2008). The crisis of 2001 and Argentine democracy. En E. Epstein & D. Pion-Berlin (Eds.), *Broken promises?: The Argentine crisis and Argentine democracy* (pp. 3-29). Reino Unido: Lexington Books.
- Equipo editorial. (1998, primavera). *La Ciudad Futura* un año después. *La Ciudad Futura*, 49, 1-5.
- Equipo editorial. (2001, primavera-verano). En este número. *La Ciudad Futura*, 50, 1-3.
- Equipo editorial. (2002, otoño). La crisis de la Argentina: en qué consiste y adónde puede llevarnos. *La Ciudad Futura*, 51, 1-4.
- Etchemendy, S. (2001, primavera-verano). Seguramente es verdadero, pero también trivial. *La Ciudad Futura*, 50, 15-18.

- Ferrer, A. (2001, 20 de julio). No va más... Club de Cultura Socialista, Buenos Aires, Centro de Documentación de Investigación de la Cultura de Izquierdas (CeDInCi). <https://archivos.cedinci.org/index.php/no-va-mas-por-aldo-ferrer>
- Frenkel, R. (2001, 7 de diciembre). La crisis financiera hoy ¿y ahora qué? Club de Cultura Socialista, Centro de Documentación de Investigación de la Cultura de Izquierdas (CeDInCi). <https://archivos.cedinci.org/index.php/la-crisis-financiera-hoy-y-ahora-que-por-roberto-frenkel>
- Garategaray, M., & Reano, A. (2018). El pacto democrático en el lenguaje político de la transición en Argentina y Chile en los años ochenta. *Contemporánea*, 1(10), 19-35. <https://cutt.ly/7D3NGJK>
- Hecker, E. (2001, primavera-verano). Estrategias para el crecimiento económico de la Argentina desde un perfil progresista. *La Ciudad Futura*, 50, 18-22.
- Hecker, E. (2002, invierno). La crisis argentina y las deudas del progresismo. *La Ciudad Futura*, 52, pp. 1-7.
- Heredia, M. (2014). «No se puede pensar la muerte». Los economistas y sus dilemas ante la convertibilidad. En A. Pucciarelli & A. Castellani (Coords.), *Los años de la Alianza* (pp. 247-294). Buenos Aires: Siglo XXI.
- Martínez Mazzola, R. (2015). Una revista para la izquierda democrática. *La Ciudad Futura* (1986-1989). En L. Prislei (Comp.), *Polémicas intelectuales, debates políticos: las revistas culturales en el siglo XX* (pp. 355-399). Buenos Aires: Eudeba.
- Mazzorín, R. (2002a, mayo). Crónica de una muerte anunciada: los aspectos económicos del colapso político. *La Ciudad Futura*, 52, 12-15.
- Mazzorín, R. (2002b, otoño). La crisis de una hija dilecta del Consenso de Washington. *La Ciudad Futura*, 51, 18-26.
- Mazzorín, R. (2002c, invierno). Dolarización: un programa político. *La Ciudad Futura*, 52, 16-18.
- Mercader, S. (2021). «Punto de Vista» and the Argentine intellectual left. Zug: Palgrave Macmillan.
- Montaña, M. J. (2012). *La Ciudad Futura* y los usos de Weber (un diálogo polémico con el marxismo). *Prácticas de Oficio. Investigación y Reflexión en Ciencias Sociales*, (10), 1-16. <https://cutt.ly/SD3NL77>
- Montaña, M. J. (2018). La construcción de una nueva identidad de izquierda democrática en la revista *La Ciudad Futura* primera época (1986-1998). En A. Remo Lazzaretti & F. Suárez (Coords.), *Socialismo y democracia* (pp. 321-349). Mar del Plata: UDEM.
- Nemiña, P. (2014). De la esperanza a la caída. En A. Pucciarelli & A. Castellani (Coords.), *Los años de la Alianza* (pp. 215-246). Buenos Aires: Siglo XXI.
- Novaro, M. (2021). Empate hegemónico, diversificación e influencia de las élites económicas. *POSTData*, 2(25), 299-348. <https://acortar.link/OL8XQs>
- Picarella, L. (2019). Los gramscianos argentinos: democracia, Estado y socialismo en Aricó y Portantiero. *Cultura Latinoamericana*, 30(2), 22-57. <https://cutt.ly/bD3N1bg>
- Ponza, P. (2015). El Club de Cultura Socialista y la gestión de Alfonsín: transición a una nueva cultura política plural y democrática. *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, (13), 1-20.
- Pucciarelli, A., & Castellani, A. (Coords.). (2014). *Los años de la Alianza*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Quiroga, H. (2002, invierno). No hay sociedad sin moneda. *La Ciudad Futura*, 52, 10-12.

- Rapoport, M. (2020). *Historia económica, política y social de la Argentina (1880-2003)*. Buenos Aires: Editorial Crítica.
- Reano, A. (2019). El Estado en el debate intelectual de la transición democrática argentina. *Estudios Sociológicos*, 110(37), 429-456. <https://cutt.ly/BD3N4QX>
- Solis, A. C., & Arriaga, A. E. (2015). Democracias en disputa: conflictos, movilización y trayectorias de politización social desde 1983 a la actualidad. En *Jornadas de Sociología de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional de Cuyo*, Mendoza, 27-28 de agosto de 2015. https://bdigital.uncu.edu.ar/objetos_digitales/6316/ponzaponmesa35.pdf
- Velázquez Ramírez, A. (2019). *La democracia como mandato. Radicalismo y peronismo en la transición, 1980-1987*. Buenos Aires: Imago Mundi.
- Viana, J. M. (2011). Entre el imperativo moral y la institución contingente: democracia, posmarxismo e historia del socialismo latinoamericano. *Cuadernos del Ciesal*, (9), 128-146. <https://cutt.ly/tD3Mw0n>
- Visintini, A. (2022). *Las políticas económicas en Argentina. Una visión histórica y analítica*. Buenos Aires: Biblos.
- Zícari, J. (2020). *Crisis económicas argentinas: de Mitre a Macri*. Buenos Aires: Continente.